

## DÍA 5. Oración de la tarde. Viernes 31

### Rema mar adentro



#### Echad la red y encontraréis (Jn. 21, 2-7)

*Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos.*

*Simón Pedro les dice: «Voy a pescar.» Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo.» Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.*

*Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.*

*Jesús les dice: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?»*

*Le contestaron: «No.»*

*El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces.*

*El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor». Pedro se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar.*

#### SALMO 85: "Guardadnos en la fe y en la unidad"

Inclina tu oído, Señor, escúchame,  
que soy un pobre desamparado;  
protege mi vida, que soy un fiel tuyo;  
salva a tu siervo, que confía en ti.

Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,  
que a ti te estoy llamando todo el día;  
alegra el alma de tu siervo,  
pues levanto mi alma hacia ti;

porque tú, Señor, eres bueno y clemente,  
rico en misericordia con los que te invocan.  
Señor, escucha mi oración,  
atiende a la voz de mi súplica.

En el día del peligro te llamo,  
y tú me escuchas.  
No tienes igual entre los dioses, Señor,  
ni hay obras como las tuyas.

Todos los pueblos vendrán  
a postrarse en tu presencia, Señor;  
bendecirán tu nombre:  
«Grande eres tú, y haces maravillas;  
tú eres el único Dios».

Enséñame, Señor, tu camino,  
para que siga tu verdad;  
mantén mi corazón entero  
en el temor de tu nombre.

Te alabaré de todo corazón, Dios mío;  
daré gloria a tu nombre por siempre,  
por tu gran piedad para conmigo,  
porque me salvaste del abismo profundo.

Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,  
una banda de insolentes atenta contra mi vida,  
sin tenerte en cuenta a ti.

Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso,  
lento a la cólera, rico en piedad y leal,  
mírame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo,  
salva al hijo de tu esclava;  
dame una señal propicia,  
que la vean mis adversarios y se avergüencen,  
porque tú, Señor, me ayudas y consuelas.

#### VUESTRA SOY (Santa Teresa)

'Vuestra soy para Vos nació,  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis  
vuestra, pues me redimisteis  
vuestra, pues me sufristeis  
vuestra, pues me llamasteis  
vuestra porque me esperasteis  
vuestra, pues no me perdí  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón  
yo lo pongo en vuestra palma  
mi cuerpo, mi vida y alma  
mis entrañas y aflicción  
dulce esposo y Redentor  
pues por vuestra me ofrecí  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza  
dadme consuelo o desconsuelo  
dadme alegría o tristeza  
dadme infierno o dadme cielo  
vida dulce, sol son velo  
pues del todo me rendí  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando  
quiero por amor holgar  
si me mandáis trabajar  
quiero morir trabajando  
decid cómo, dónde y cuándo  
decid, dulce amor, decid  
¿Qué mandáis hacer de mí?

## REMA MAR ADENTRO (Jn. 21, 1-11; Lc. 5,1-11)

“Era la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos”. Con toda la carga simbólica que tiene el número “tres” en el evangelio. Como diciendo que “ya eran unas cuantas las veces que el Resucitado se hacía presente en sus vidas”. Sin embargo la sensación es que ellos ya habían cerrado capítulo. Tras la muerte del Maestro, volvieron a sus cosas, a sus trabajos, a sus asuntos. Quizá con los gratos recuerdos de los buenos ratos pasados con Jesús, pero sólo eso: recuerdos.

Es una preciosidad repasar los nombres de los personajes que aparecen en este relato: Simón Pedro, el que poco antes le había negado tres veces (otra vez el número “tres”); Tomás, el Mellizo (y el escéptico), que no se creía nada de lo que le contaron sobre Jesús si él no metía las manos en el costado; Natanael, que preguntó con desprecio y un punto de sorna si “de Nazaret puede salir algo bueno”, refiriéndose a Jesús; los hijos del Zebedeo, que a lo que aspiran es a ocupar los primeros puestos, y que son capaces de mandar a su madre por delante para conseguirlos... ¡Es a éstos a los que se aparece Jesús!. Ciertamente, Jesús no llama a los “puros”, a los irreprochables, a los que se lo merecen o se lo han ganado por su coherencia. ¡Qué cierto es aquello de que “llamó a los que quiso!” (Mc. 3, 13) (...y qué cierto es que a los que llamó los quiso de veras). ¡Qué error cometemos cuando, al reconocernos impresentables o indignos, nos alejamos de Jesús, hasta que se nos pase, hasta poder presentarnos un poco más “decentes”! ¡Cuánto ego orgulloso herido! ¡Y qué poca convicción de que Señor nos quiere a nosotros “estemos como estemos”! El merecer se nos cuele incluso a los que hemos visto un poco el desborde de la gracia.

Pero si es precioso ver a semejante cuadrilla de discípulos, a cual más pinta, es conmovedor verlos juntos. Pecadores, pero juntos. Huyendo de la tentación de la dispersión y del ensimismamiento. Y sorprenderlos un poco “de vuelta” y de regreso a sus faenas, después de lo de Jesús. Y, encima, nada más llegar a casa se topan con esta experiencia de frustración, de limitación: toda la noche pescando y sin coger nada. No “unas horas y un poco de pesca”. Otra vez el contraste, la desproporción, entre el “toda” la noche y el “nada” de peces. Todo para nada.

Metáfora de lo que puede ocurrirnos a nosotros. No es la primera ni la segunda vez que el Señor Resucitado se aparece en nuestra vida. Durante estos días estamos sintiendo su presencia, su cercanía, su amor eterno, su consuelo y su cuidado. Y puede que, al volver a casa, nos pasó algo de lo que les pasó a estos discípulos. Una especie de sensación de vacío o de “y ¿ahora qué?” O puede incluso que el regreso nos reciba con un encontronazo, con un contratiempo o con un disgusto. Tan gordo como “pasarse toda la noche, y no pescar nada”.

En el relato paralelo de Lucas, Pedro le cuenta a Jesús que se han pasado toda la noche faenando sin pescar nada, añade una cosa que nos llena de esperanza: “pero en tu nombre, puesto que tú lo dices, echaré las redes”. Y aquí, hay dos cosas preciosas: una es contarle al Señor nuestros reveses, nuestros desconciertos, que nos hemos pasado muchas noches en blanco y en vano, sin conseguir nada... nuestros fracasos. Y lo segundo, algo que sucede muchas veces en el evangelio y también en nuestra vida. Y es que Jesús aparece a menudo en esa zona intermedia, tan humana, en la que confluyen el realismo duro (“nos hemos pasado toda la noche trabajando sin fruto ninguno”) y por otro lado la esperanza, que se resiste a darse por vencida, que se resiste a la derrota definitiva: “en tu nombre volveré a echar las redes”.

Aquí aparece el Señor en nuestra vida cotidiana. En lo mezclado. En mitad del realismo y en medio de la esperanza. Y sucede muchas veces que cuando uno ya no puede, ni tiene fuerzas para más. Incluso aunque le parezca inútil y cansino volverlo a intentar, ahí aparece el inconsciente creyente. De las aguas más subterráneas de la gracia brota este impulso: “Vale, yo no puedo. No confío ni si quiera en mí. Pero en tu nombre, porque Tú lo dices, echaré las redes. Y mira que llevo mucha “noche” y mucha “nada” encima. Es en tu nombre, Señor, fiado de Ti”.

Muchas veces el Señor necesita este hilo de confianza de dónde tirar. Muchas veces esa confianza, como en el caso de Pedro y en el nuestro, es oscura, porque “es de noche”. Y, cuando el Señor encuentra hilos de donde tirar y no sólo fardos de desconfianza, habitualmente tira de ahí. Y a veces nuestra confianza necesita “remar mar adentro” porque en la orilla de nuestras esperanzas humanas ya no hay nada que pescar. Remar mar adentro en el lago de la confianza.

El texto dice que cogieron una gran cantidad de peces, casi hasta hundirse la barca. Y aquí viene la segunda desproporción de la que hemos hablado esto días, oculta pero real. Seguimos teniendo las mismas o parecidas dificultades, pero ya no llegan a desesperarnos ni a desesperarnos. El pecado permanece ahí con su aguijón, pero ya sabemos dónde acudir. La convivencia diaria se nos va a seguir haciendo muchas veces insufrible, pero entonces volvemos humildemente a pedir al Señor mirada buena. No sentimos emocionalmente la fe, no sentimos nada, Dios desaparece de nuestros afectos, pero sabemos que es cosa nuestra, porque Él es fiel, inquebrantablemente fiel.

Y, cuando Pedro reconoce todo esto en su vida, se siente muy desnudo. Y muy pecador. Y se tira al agua lleno de vergüenza por haber dudado, por haber desconfiado. Y siente por fin lo que sentían los pequeños. Dice Lucas que Simón Pedro cayó a los pies de Jesús diciendo: “apártate de mí, Señor, que soy un pecador”.

De repente Pedro, el irreprochable, casi el fariseo del templo, se convierte en otro vulgar publicano, a los pies de Jesús, suplicando compasión. Y es en este contexto donde se oye la voz del discípulo al que Jesús tanto quería, diciéndonos: “Es el Señor”. Por eso cuando volvamos a casa, el “discípulo amado” que todos llevamos por dentro, a pesar de nuestro pecado, es el que nos va a llevar a este reconocimiento. “Es el Señor”, en medio de la realidad cotidiana. Ahí es donde lo vamos a reconocer. A este Señor, que estamos conociendo de cerca estos días, se nos señala para sea re-conocido en mitad de la vida cotidiana. Porque ese es su verdadera lugar. En la vida que estamos viviendo a partir de ahora, de las vacaciones que tomemos, de la familia a la que regresemos, de la comunidad que dejamos, de las tareas que retomaremos dentro de poco. Las fuentes de las que hemos bebido estos días están dentro de ti, allá donde vayas.

Sucedió una vez, lo de la pesca milagrosa, pero nada nos mueve a pensar que al día siguiente Pedro y los suyos volvieran a pescar tal cantidad de peces. No importa, porque lo que realmente pescaron, desde ese día y para siempre, fue la promesa por parte del Señor: “Yo no te voy a dejar nunca, ni en la abundancia ni en la escasez”. Y quizá sea ese el verdadero milagro de la pesca milagrosa.